

María Graciela Calle Márquez

*El valor de un hombre no se determina por lo que posee,
ni aun por lo que hace, sino que está directamente
expresado por lo que es él mismo.*

AMIEL

La Autora

Docente de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca- Facultad de Administración y Economía - Tecnología en Asistencia Gerencial Presencial, Bogotá. Licenciada en Estudios Literarios y Humanísticos (Universidad Javeriana); Magister en Filosofía Latinoamericana (Universidad de Santo Tomás); Especialista en Docencia Universitaria (Universidad de Santo Tomás).

*mcalle@unicolmayor.edu.co***Resumen**

La universidad, desde su nacimiento en el siglo XIII, siempre fue considerada templo del saber, Alma Máter, espacio del conocimiento, escenario de cultura, centro de formación de la persona hasta la época contemporánea; así mismo, comunidad académica, asociación de intelectuales que viven la universidad, la cual adquiere un significado más contemporáneo como corpus dedicado a la enseñanza, la educación, y es además sociedad científica o del conocimiento. A partir de estos conceptos con que se pretende definirla cabe preguntarse: ¿qué es y cómo debe ser la universidad del presente y del futuro? Visto desde esta perspectiva, se considera que la

universidad hay que reinventarla cada día para que siempre esté articulada a la sociedad; precisamente la finalidad de su quehacer es solucionar los problemas de aquella, puesto que no puede permanecer ajena a la realidad que la circunda.

Palabras clave: universidad humanística, Alma Máter, conocimiento, cultura, comunidad, educación, humanización, problemas sociales, ciencias humanas.

Abstract

The university, from its birth in the seventeenth century, was always considered temple of knowledge, Alma Mater, knowledge area, scene of culture, training center of the person to contemporary times; Likewise, the academic community, association of intellectuals living Universities, which takes on a more contemporary meaning as corpus dedicated to teaching, education, and is also scientific or knowledge society. From these concepts which aim to define the question arises: what is it and how it should be the University of present and future? Seen from this perspective, it is considered that the university must reinvent itself every day so that it is always articulated to society; precisely the purpose of its own work is to solve problems, since it can not remain oblivious to the reality that it surrounds.

María Graciela Calle Márquez

Keywords: Humanist University, Alma Mater, knowledge, culture, community, education, humanization, social, human sciences.

La universidad, desde la Edad Media hasta el presente, ha recibido diversas denominaciones: santuario del saber, *domus aúrea* de la verdad, templo de la ciencia, centro de cultura, lugar consagrado al quehacer académico, asociación de maestros e intelectuales, *universitas* o comunidad que adquiere un significado más moderno de cuerpo o corporación dedicado a enseñar o educar y, en la actualidad, comunidad académica, sociedad científica o del conocimiento. De aquí surge una pregunta: ¿qué es y cómo debe ser la universidad del presente y del futuro, aunque éste comienza todos los días? Según Jaime C. Díaz (1990,5) la universidad ha sido un campo idealizado por los reformistas utópicos, soñadores y pragmáticos, quienes consideran la experiencia universitaria como la vía de realización del gran sueño de transformar la vida de la persona y modificar la sociedad. Visto desde esta perspectiva, se considera que la universidad no puede permanecer ajena a esta realidad consistente en la relación entre desarrollo económico y desarrollo educativo.

Las propuestas de cambio sobreabundan; mas, para lograr la anhelada transformación es preciso empezar por el sistema educativo vigente en los tres niveles de formación:

básica, media secundaria y superior mediante un nuevo paradigma que se adecúe a la idiosincrasia latinoamericana y no al revés. En este sentido cabe citar lo que afirmaba José Ortega y Gasset: “búsqese en el extranjero información, pero no modelo”. El filósofo francés Henry Bergson anticipó el futuro al advertir contra la tendencia a la mecanización del espíritu, que traería consigo el progreso tecnológico y científico, lo cual dificultaría nuestro florecimiento como seres sociales” (Marinoff, 2000) al darse paralelamente, como en un espeluznante cuento de ciencia ficción, la robotización de la persona humana y la humanización del robot.

Por lo anterior, se percibe que el proyecto futurista era dividir al hombre: el cerebro para la práctica científica y el corazón destinado al círculo afectivo pero bien oculto porque en la nueva universidad sólo se piensa y se produce, no se siente; menos mal que las teorías neurocientíficas intentan rescatar con sus propuestas la importancia de las inteligencias múltiples dándole prioridad a la inteligencia emocional. Semejante escisión que ha predominado hasta el presente (cerebro no integrado) no puede conducir al descubrimiento de la felicidad verdadera, culmen de la realización personal a que aspira todo ser humano. Respecto del tema hay quienes refutan: ¿valores humanos para qué? Lo que se necesita es hacer ciencia; si la universidad del pasado fue humanista, hoy se requiere de una empresa tecno-científica que

María Graciela Calle Márquez

garantice a sus clientes el desarrollo social y económico.

Hay que preguntarse si la solución de los problemas sociales que afronta el país, y en general Latinoamérica, se puede lograr mediante la abolición progresiva del humanismo al educar y formar con exclusividad para la ciencia y la tecnología. Si la universidad contemporánea degenera en empresa donde el factor motriz es la producción de capital, se despoja de su sentido humanista y se convierte en fábrica de profesionales en serie destinados a generar una cultura del consumismo.

Es un perfil deformante de profesional delineado por las metodologías educativas influidas por las exigencias del medio, sin tiempo para que los docentes reflexionen quién es ese profesional, de dónde viene y hacia dónde va. Cuanto suceda con el docente en este sentido se reflejará *ipso facto* en el estudiante; la vorágine de los cambios le puede absorber de tal manera que terminará olvidándose de sí mismo y de su esencia humana. Para entonces, dispondrá de una nueva "bolsa de valores del mercado" que le aseguren la supuesta calidad de vida material, sin preocuparse por rescatar el horizonte perdido del por qué y quién soy, del significado o sinsentido de su vida.

La universidad contemporánea asume, en el presente, retos y compromisos que la proyectan hacia el porvenir. Es así que frente

a los desafíos del mundo postmoderno en lo concerniente a avances científico-tecnológicos, se advierte un acelerado retroceso de la *humanitas*, o sentido de lo humano, expresión que sintetiza lo máximo del cultivo y preservación de los valores esencialmente humanos, en suma la esencia de lo humano, aquello que define al hombre como persona que ya trae consigo la inteligencia, la dignidad y la libertad como valores innatos; los demás, empieza a adquirirlos durante el proceso de formación e interacción social.

Es desde esta perspectiva que urge repensar la universidad sobre la base de lo esencialmente humano, como visión y misión puesto que se trata de algo inherente a la universidad misma, que nació con ella dado que "la *humanitas* como *universitas* retoma la reflexión histórica de la Universidad, desde el origen del término *universitas*, que en el medioevo llegó a reconocerse moral y jurídicamente como agrupación de profesores y estudiantes, hasta la universidad de hoy" (Vargas G. 2010, 4), ello en el sentido estricto de preservación de la tradición cultural y científica paralelamente con la proyección de repensar la educación según las exigencias del nuevo siglo que lleva más de una década.

¿Cómo se entiende hoy la *universitas* humanística? En un sentido amplio, desde el punto de vista tradicional, el sentido institucional y entitativo de la *universitas* se halla al considerar su ser como cuerpo, con

María Graciela Calle Márquez

esencia y forma, así como los elementos integradores o constitutivos, las leyes y directrices; de este modo empieza a tomar forma como entidad con unidad y coherencia.

La universidad tiene también sus raíces en la expresión *universitas magistrorum et scholarium* que data de 1229, y significa *un conjunto de personas aglutinadas espontáneamente en torno al oficio del saber*; esto es lo que caracteriza la esencia del ser universitario como institución, entidad y cuerpo, agregando a lo anterior los términos: *doctorum et discipulorum universitas* entendidos como maestros y estudiantes reunidos en torno de una causa: el saber. De aquí se deriva el sentido institucional de universidad. Cabe decir que es necesario y urgente rescatar el humanismo desde el ámbito universitario, a través del debate, la crítica, la reflexión académica y la investigación como espacio que permite aportar ideas nuevas y enriquecedoras en la construcción de la persona humana. Lo cierto es que infortunadamente las humanidades han sido, a partir de la primera guerra mundial, la cenicienta condenada a la indiferencia, subvaloración y rechazo sistemático frente al avance, conquistas y hegemonía de la denominada “ciencia dura” y su hija la tecnología.

En las postrimerías del pasado siglo XX y en los albores del siglo XXI se ha pretendido instaurar una “cultura científico-tecnológica” en las instituciones educativas sin el concurso

pleno de las humanidades dejándose llevar por el afán desmesurado de ampliar la oferta académica saturada de títulos profesionales relacionadas con carreras del futuro ligadas a la ciencia y la tecnología, puesto que éstas venden mejor “porque prometen más”. De tal modo que para no pecar por omisión, la universidad postmoderna se limita a dar un “brochazo” de humanismo a los planes de estudio con el propósito de cumplir, parcialmente, con los objetivos de formación contemplados en documentos institucionales en los que se refleja la filosofía consagrada por la misión y visión. (Giraldo, J. et al, 2013: 12).

Sin embargo, a pesar de este notable esfuerzo de humanización de la educación y del empeño de conservar los valores tradicionales que son el soporte y sustento de la formación de la persona paralelamente con la del profesional, las *humanidades* continúan en una evidente situación de riesgo al ser consideradas como algo innecesario, una especie de retazo, costura o relleno según el pensar y sentir de los *clientes* de la oferta educativa y de quienes miran hacia un porvenir pleno de conquistas derivadas de la era de la información, la comunicación y la tecnociencia en la cual sobresale una especie humana representada por un hombre y una mujer incomunicados en el ámbito familiar, adictos al ciberespacio, a la digitalidad donde todo es virtual incluso el amor; en un mundo en el que lo humano y la vida misma han ido

María Graciela Calle Márquez

perdiendo el significado original, en donde las cosas no son para el hombre y la mujer sino al contrario: éstos son para las cosas. Desde esta perspectiva, hay que plantearse una pregunta: si la misión y visión de la universidad en sus inicios era la *antropologización de la pedagogía*, es decir, que el protagonista del proceso educativo fuera la persona sobre la base de lo esencialmente humano.

Será necesario, o tal vez un imperativo lógico-emergente, que la universidad actual retorne a los orígenes, se dedique a la búsqueda y rescate de los valores humanizantes para que, de esta manera, la educación tenga sentido pleno, sea coherente con los propósitos y objetivos enunciados en los planes, proyectos y programas institucionales. Primero que todo, hay que ir al rescate de la universidad, del significado primigenio e implicaciones iniciales de la misma. Por tal razón, es preciso abrir un interrogante: ¿Qué es en sí la universidad? Sobre el tema expresa Borrero:

La palabra *universitas*, propia del léxico social y jurídico, es un tanto posterior para designar en primera y exclusiva instancia al grupo dedicado al saber. La expresión latina *universitas vestra*, usada, por ejemplo, en carta remitida a un grupo de personas, indica el destinatario colectivo de la misiva: todos ustedes o, con sentido más preciso, un grupo cohesionado en entidad jurídica. Dicho sea de paso, el derecho romano se refería a

entidades o unidades jurídicas de personas, con el término *collegium*. (Borrero A. 2002,9).

El autor citado señala, además, que el mérito del historiador moderno es analizar las condensaciones corporativas universitarias en el contexto de las formas variadas que fueron adoptadas por las asociaciones urbanas de la época, hasta cuando se asume como *la universitas de los apasionados por el saber de modo conspicuo y respetable*.

De otra parte, la palabra *cátedra* se halla intrínsecamente concatenada a la *universitas*, dado que ésta nació en una catedral medieval (siglo XIII); quienes dictaban la *cátedra* o clase desde el púlpito eran los *catedráticos* en el escenario *catedralicio* a un auditorio conformado por discípulos (alumnos) ávidos de saber. Es así como se constituye la *universitas* o alma máter (madre, espíritu, esencia del saber) en sus comienzos. En este sentido Borrero manifiesta que:

la conocida expresión *universitas magistrorum et scholarium*, decir que data de 1229, denotó sin ambages a un grupo sociológico determinado. Conjunto de personas aglutinadas espontáneamente en torno al oficio del saber. Pocos años antes (1219) se habló de *Doctorum et discipulorum Universitas* y, en 1221, con orgullo y conciencia plena de grupo, maestros y estudiantes de la ciudad se referían a sí *conmorantium*. Mas, desde momento muy temprano (1210-1213), los interesados en

María Graciela Calle Márquez

enseñar-quienes saben- y en aprender-quienes sabrán-, se sentían muy orondos de ser conocidos y darse a conocer no al modo de un gremio cualquiera, sino como la universidades por excelencia. (Borrero, 2002).

Sin embargo, había quienes juzgaban que este modo de asociarse para compartir el conocimiento no era conveniente ni ventajoso; su argumento induce a identificar ciertos aspectos de la realidad que vive la universidad posmoderna y que eran característicos de la universidad medieval. Philippe de Greve comentaba que:

antes del desplazamiento de los términos mencionados-universitas y studium-para significar el todo o la institución y su pasión o el studium, hubo una expresión transitoria: las fuentes históricas registran pocas veces la expresión *universitas studii* o totalidad de lo estudiado en cada institución. Esta expresión bien puede indicar el punto de escisión de los dos términos, hasta ese momento unidos sinonímicamente. La *universitas studii* contenía, pues, en raíz, tres formas de la unidad en la diversidad, o tres sentidos encerrados en la palabra *universitas*: el sociológico corporativo; la totalidad de las personas cautivadas por el saber, y la suma de las disciplinas científicas por las cuales esas personas eran atraídas. La *universitas* como comunidad de profesores y aprendices beneficiarios de concretos derechos autónomos para organizarse y determinar sus cursos de estudio, los objetivos de su

investigación y el discernimiento de los títulos reconocidos por la sociedad, es ciertamente una creación de la Europa medieval, de la Europa de la cristiandad papal. La universidad es, además, la única institución europea que ha preservado su estructura, sus misiones y funciones sociales a lo largo de la historia. (Borrero, 11).

No obstante, a pesar de tales argumentos en contravía, la universidad humanística comenzó a perfilarse como tal dando respuesta a unas necesidades de orden intelectual, social y cultural. Lo anteriormente expuesto induce a preguntarse: ¿qué pasa con la *universitas humanística* en América Latina?

Entre las ciencias humanas y de la naturaleza siempre ha existido una actitud controversial y un deslinde por no decir distanciamiento, oposición o contraposición. Mientras en la universidad medieval cundía la preocupación por el cultivo de las artes liberales o del espíritu, que fueron incluidas en los planes de estudios siguiendo un propósito de fervor casi religioso (recuérdese que la visión de mundo era teocéntrica) y todo giraba en torno del orden divino que regía el cosmos; por eso, era frecuente la aparición del *pantocrátor* o Jesús como centro del mundo en las obras de arte (pintura mural) medievales.

Según san Agustín, obispo de Hipona, “las artes son vías hacia Dios”, es decir, el camino directo para el conocimiento de la divinidad,

María Graciela Calle Márquez

por tanto “volviendo a la línea no cristiana de autores y enciclopedistas de las artes, releamos a Marciano Capella en un escrito sobre las siete artes, para indicar que ya para el siglo V su elenco se había reducido y quizás fijado definitivamente en siete, de acuerdo con la tradición griega del *heptateuchon*. Fueron, pues, en esta altura de los tiempos, siete artes: gramática, dialéctica y retórica; aritmética, geometría, astronomía y música”.

El siglo VI fue definitivo para el porvenir de las *artes liberales o artes del espíritu* que se cultivan con la libertad creativa que exige el arte cristiano. En este sentido además de su aspiración a la unidad cíclica, las artes quisieron ser caminos o vías *-viae-* hacia la pasión filosófica, pues la palabra desborda el significado de una disciplina científica: es la pasión por la sabiduría integral. En el siglo V se llegó a distinguir con mayor claridad entre las disciplinas del espíritu, que son las artes liberales, de las manuales o serviles. Quizás por este motivo, la manualidad de la medicina curativa y la práctica arquitectónica, desaparecieron del escalafón de las artes liberales.

Es así que las artes liberales se dividían en dos grupos: las tres vías, *trivium o trivio* de las disciplinas verbales: la gramática, la lógica y la retórica, y las cuatro vías o caminos de las artes matemáticas: el *quadrivium o cuadrivio* de la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. San Isidoro de Sevilla describe el universo de las artes desglosando cada una

según su especialidad: siete son las disciplinas de las artes liberales. Primero la gramática, o sea, la pericia en el hablar. Segunda la retórica, que por el brillo y la abundancia de la elocuencia se considera necesaria principalmente en las cuestiones civiles. Tercera, la dialéctica, por otro nombre lógica, que con sus racionios sutiles separa lo verdadero de lo falso. Cuarta, la aritmética, que trata de los números y sus divisiones. Quinta, la música, que consiste en versos y cantos. Sexta, la geometría que comprende las medidas y dimensiones y séptima, la astronomía, que estudia las leyes de los astros. (Giraldo, J. et al, 2013, 12).

Son estos los antecedentes históricos de la universidad tradicional como centro difusor de la cultura universal, que cobra mayor vigencia en el renacimiento antropocéntrico como despertar o resurgir de las artes humanísticas legado de la Grecia clásica. Con el transcurrir del tiempo, la universidad humanista empezaría a responder a las nuevas exigencias histórico-sociales, culturales, políticas y hasta económicas por las cuales asumiría la realidad atendiendo a las demandas comunitarias o de los grupos sociales y se convertiría en profesionalista, es decir, una especie de fábrica de profesionales con títulos de pregrado y posgrado, motivo por el que las humanidades pasarían a un segundo plano.

La universidad de hoy todavía se halla de espaldas a esa realidad emergente de formar

María Graciela Calle Márquez

para el *aprender a ser* en consonancia con el saber y el hacer ligada a la necesidad de una educación humanizante, no elitista, despojada del mercantilismo que la reduce a una simple mercancía destinada a los *clientes del consumismo profesionalista*, perdiendo así su primigenia razón de ser, el horizonte que le confiere sentido y riqueza axiológica a las acciones, procesos y funciones del quehacer universitario. Por tales razones cabe preguntarse: ¿hacia dónde se proyecta la universidad actual? ¿Cuál es en definitiva su por qué y para qué del papel que asume en el mundo contemporáneo? Cuando se habla de crisis en la educación superior, realmente se alude a una crisis de la universidad como ente universal y que es prioritario rescatar no sólo como centro difusor del conocimiento sino como santuario de principios y valores.

Por tanto, “la antropología pedagógica, partiendo de lo que significa el ser humano, debe crear líneas de reflexión y pensamiento que superen la linealidad de la razón instrumental y la tecnología, que rescate de nuevo las humanidades dándoles el sitio que merecen, no para buscar en ellas intelectualmente cierta teoría o imagen del ser humano para adaptarlas a la realidad, sino para implantarse en la vida misma” (Londoño O. E. 2013, 35).

En el planteamiento anterior se subraya que la universidad necesita recuperar la *humanitas*, lo cual le imprime significado a la formación integral de la persona, coadyuva a su

ennoblecimiento, a la conquista de lo trascendente, a la superación del sí mismo; esto sólo es posible desde lo humano, es decir, a partir del hombre y para el hombre con el fin de que pueda re-inventarse a sí mismo. Por ello, urge abrir nuevas perspectivas humanísticas en las disciplinas, esto es, humanizar la educación superior; atreverse a ir más allá de considerar a la persona como un cerebro hambriento de conocimientos o una máquina de producción en serie, para satisfacer las demandas industriales en un mundo cada vez más supeditado a la ciencia y la tecnología. Es innegable que del rescate de la *humanitas* depende la universidad; de lo contrario corre el inminente riesgo de colapsar en su propio sinsentido.

Referencias bibliográficas

Borrero Cabal, Alfonso (2002). *Simposio permanente sobre la universidad: conferencia II. Idea de la universidad en sus orígenes*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Castrejón Díez, Jaime (1990). *El concepto de universo*. México: Trillas.

Guillén Vargas, G. (2010). *La Humanitas como Universitas*. Bogotá: Taller san Pablo.

Londoño Orozco, Ernesto (2013). “La antropología pedagógica comprometida con la humanización frente a los inhumanos procesos políticos, sociales y educativos” en

María Graciela Calle Márquez

Humanismo en Debate. Bogotá: Ed. Bonaventuriana.

Marinoff, Lou (2000). *Más Platón y menos prozac.* Barcelona: Ed. B.S.A

Universidad de San Buenaventura (2013). *Humanismo en debate.* Bogotá: Ed. Bonaventuriana.